

**HERMANN HESSE**

**La Ruta Interior**



Esta obra de Hesse está integrada por tres narraciones: *Alma de niño*, *Klein y Wagner* y *El último verano de Klingsor*. Ésta es una de las obras que hicieron célebre al gran escritor alemán y lo catapultaron al Premio Nobel de Literatura de 1946.

*Alma de niño*, es el magistral análisis del comportamiento y los estados de ánimo de un muchacho que comete un insignificante hurto en su propia casa y se angustia pensando en las consecuencias de lo que ha hecho.

*Klein y Wagner*, es la historia de un empleado que se convierte en delincuente y rompe con su vida anterior completa e irrevocablemente.

En *El último verano de Klingsor*, Hesse nos describe los últimos meses de la vida del pintor Klingsor, meses llenos de deseos de vivir y de obsesión por el trabajo y en los que plantea el presentimiento de la muerte próxima.

*La ruta interior* introduce al lector en las zonas más remotas y oscuras de la conciencia humana y dibuja, con trazos que deslumbran por su brillantez, un cuadro psicológico del mundo y de sus habitantes, de perfección pocas veces alcanzada en la literatura universal.

# ALMA DE NIÑO

Hay momentos en que nuestras acciones, el ir de aquí para allá, el hacer esto o aquello se desenvuelven de modo tan fácil y libre que nos parece como si todo pudiera ser de otro modo. En otros momentos, en cambio, todo aparece como rígido e inmutable, como si nada fuera libre o fácil y hasta nuestra respiración parece determinada por poderes extraños y por un destino fatal.

Las acciones llamadas «buenas» y de las cuales hablamos con placer, corresponden en general a ese tipo «fácil» y son las que olvidamos rápidamente. En cambio, los actos cuya evocación nos molesta, nunca llegamos a olvidarlos. En cierto sentido, son más nuestros que los otros y llegan a proyectar sombras que se prolongan sobre todos los días de nuestra vida.

En la casa paterna —grande y luminosa, situada en una calle también luminosa— se entraba por un alto portal. Apenas entrado, nos envolvía una penumbra y un frescor, un húmedo aire a piedras; luego nos acogía en su silencio un vestíbulo alto y lúgubre, cuyo piso de losas rojas subía ligeramente hasta la escalinata que empezaba muy atrás, en la semioscuridad. Miles de veces transponíamos el enorme portal sin reparar jamás en la puerta ni en el umbral, ni en las baldosas ni en la escalera; pero siempre se trataba de un tránsito a otro mundo: a «nuestro» mundo. El vestíbulo olía a piedra, era alto y oscuro, y la escalinata en el fondo llevaba desde las frescas tinieblas hacia la claridad y el luminoso bienestar. Pero siempre se chocaba primero en la sombría penumbra del vestíbulo con una atmósfera de dignidad y poder paternal, de castigo y conciencia culpable.

¡Cuántas veces la atravesaba riendo! Pero días había en que apenas entrado, uno se sentía en el acto oprimido y quebrantado y buscaba, embargado de miedo, la escalera libertadora.

Contaba yo once años y regresaba de la escuela en uno de esos días en los cuales el destino acecha en las esquinas, y en que a cada momento nos puede ocurrir algo. Es como si el desorden y desequilibrio de nuestra alma se reflejaran en el mundo que nos rodea, deformándolo. El desasosiego y la angustia nos oprimen y buscamos y hallamos sus causas fuera de nosotros; el mundo nos parece mal organizado y tropezamos por doquiera con obstáculos.

Aquél era uno de esos días. Desde la mañana, aunque no había incurrido en falta alguna, me atormentaba un sentimiento como de conciencia culpable, procedente quizá de los sueños nocturnos. Durante el desayuno creí advertir en los rasgos de mi padre una expresión de dolor y reproche. La leche estaba fría y desabrida. En la clase no me vi en apuros, pero todo me había parecido triste, inútil y desolador, despertando en mí una sensación de impotencia y desesperación que se me había hecho familiar, y que me sugería la idea de que en un tiempo sin término, permaneceríamos constantemente pequeños e impotentes, prisioneros de esa estúpida y hedionda escuela. Toda la vida se me antojaba repugnante y contradictoria.

También me había disgustado con mi amigo de entonces. Yo había trabado amistad con Oscar Weber, el hijo de un maquinista. En cierta ocasión se había jactado de que su padre ganaba siete marcos por día, replicándole yo al azar que el mío ganaba catorce. Impresionado, aceptó el hecho sin discutirlo y esto fue el principio de nuestra vinculación. Unos días después fundamos con Weber una sociedad, estableciendo una alcancía común, que nos serviría para adquirir un revólver, arma maciza con dos caños azulados, que yacía en la vitrina de un ferretero. Weber me había persuadido de que ahorrando metódicamente durante un tiempo,

pronto podríamos comprarlo. Siempre disponíamos de algún dinero; a menudo él recibía una moneda por algún mandado o una propina y a veces se encontraba dinero en la calle u objetos de valor como herraduras, trocitos de plomo y otras cosas que podían venderse a buen precio. A las primeras de cambio Weber me entregó una moneda para nuestra alcancía y eso me convenció de que nuestro proyecto era realizable y de que obtendríamos buen resultado.

Aquel mediodía, cuando franqueé el umbral de nuestra casa y penetré en el húmedo y fresco aire con olor a sótano, en el que se agitaban mil oscuras advertencias de cosas y obligaciones molestas e irritantes, mi mente estaba absorta en mi amigo Oscar Weber. Sentía que no le amaba, aunque su rostro bonachón semejante al de una lavandera, me resultaba simpático. Lo que me atraía en él no era su persona sino otra cosa que podría llamar su estado; algo que tenía en común con casi todos los muchachos de su tipo y de su origen y que consistía en un desenfadado modo de vivir, un pellejo duro a prueba de peligros y humillaciones, cierta familiaridad con las pequeñas cuestiones prácticas de la vida: el dinero, las tiendas, los talleres, las mercancías y los precios, la cocina, el lavado, etc.

Los muchachos como Weber, que parecían no sentir los golpes en la escuela y que tenían parientes y amigos entre mozos, cocheros y obreras de fábrica, se hallaban en el mundo en una posición distinta y más segura que la mía; también eran más maduros, sabían cuánto ganaba el padre por día y no cabe duda de que en general conocían aún muchas cosas de las que yo carecía de experiencia. Se reían de frases y chistes que yo no comprendía. En general sabían reír de una manera vedada para mí, en una forma sucia y grosera, pero indiscutiblemente adulta y «masculina». ¿Qué importaba que uno fuera más inteligente que ellos y lograra mejores notas en la escuela? ¿De qué servía que uno anduviera mejor vestido y mejor lavado y peinado que ellos? Al contrario, en estas diferencias estribaba preci-

samente su ventaja. Me parecía que los muchachos como Weber podían entrar sin dificultad en el «mundo» tal como me lo imaginaba, sumido en romántica y fantástica luz crepuscular, mientras ese mismo «mundo» permanecía cerrado para mí y cada una de sus puertas se conquistaba penosamente a través de una infinita serie de cumpleaños, grados escolares, exámenes y amonestaciones.

Por supuesto que estos muchachos también encontraban herraduras, monedas y trozos de estaño en las calles, recibían propinas por los recados, en los comercios se les regalaba toda clase de objetos y así prosperaban en la vida por los más variados recursos.

Intuía oscuramente que mi amistad hacia Weber y su alcancía, expresaba sólo mi violenta nostalgia por ese «mundo». Lo único que me seducía en Weber era el secreto que le permitía estar más cerca que yo de los adultos y vivir en un mundo sin velos, más desnudo y vigoroso que el de mis sueños y deseos. Presentía que él me decepcionaría y que pese a mis esfuerzos no lograría arrancarle su secreto y la mágica llave de la vida.

Acababa de despedirme de él y sabía que ahora se dirigía a su casa, satisfecho y tranquilo, silbando alegremente, sin que le atormentara ninguna nostalgia o preocupación. Cuando se encontraba con las sirvientas y las obreras de las fábricas y tenía ocasión de entrever su vida enigmática, maravillosa o pecaminosa, esto no suponía para él ningún misterio o prodigioso secreto, ningún peligro, nada de brutal y emocionante; todo le parecía simple, conocido y familiar, y se hallaba en ese elemento como el pez en el agua. Yo, en cambio, sería siempre un espectador lejano, solitario y vacilante, lleno de intuiciones, pero falto de seguridad.

¡Ese día la vida carecía para mí de todo! Era un sábado pero parecía lunes, un lunes tres veces más largo y monótono que los demás días de la semana. ¡Qué vida más desgraciada y repulsiva, falsa e hipócrita! Los adultos se conducían como si el mundo fuera perfecto, como si fueran semi-

dioses. Y nosotros, los muchachos, chusma y la hez de la humanidad. De los maestros, ¡preferible no hablar!... Los niños sentíamos anhelos y ambiciones, teníamos apasionados y sinceros arranques hacia lo bueno, ya se tratara de aprender los verbos irregulares griegos, de mantener aseadas las prendas, de obedecer a los padres y de soportar con heroico silencio los dolores y las humillaciones. A menudo nos levantábamos llenos de piadoso fervor, para consagrarnos a Dios y seguir el sendero puro e ideal que lleva a las máximas alturas, practicar las virtudes, tolerar resignados las maldades, ayudar a nuestro prójimo... ¡pero eso nunca pasaba de un arranque, de una tentativa, de un breve e inseguro aleteo! Siempre sucedía que al cabo de unos días, a veces sólo pocas horas, se presentaba algo inesperado, algo miserable, triste, vergonzoso. ¡Siempre en medio de las más firmes y nobles resoluciones y promesas, caíamos de pronto irremediablemente en el pecado y en el mal, en lo ordinario y lo mediocre! ¿Por qué reconocíamos y sentíamos tan hondamente la belleza y la justicia de los buenos propósitos, si la vida (incluíamos en este concepto a los adultos) hedía a trivialidad y estaba organizada para el triunfo de lo mezquino y lo vulgar? ¿Cómo era posible arrojarse perpetuamente: de mañana en el lecho, de noche ante los encendidos cirios, jurando consagrarse a todo lo hermoso y puro, invocando a Dios y desafiando al mal... para luego, acaso sólo pocas horas más tarde, traicionar miserablemente esos irrevocables juramentos e intenciones, dejándose arrastrar a una estúpida carcajada ante el más vulgar de los chistes escolares? ¿Porque era ello así? ¿Acaso para otros era distinto? ¿Los héroes romanos y los griegos, los caballeros, los primeros cristianos, habían sido acaso hombres diferentes, mejores, más perfectos, sin malos instintos, provistos de algún órgano que me faltaba y que les impedía caer desde el cielo a una tierra de bajeza, desde lo elevado a lo defectuoso y vulgar? ¿Acaso desconocían el pecado original, los héroes y los santos? ¿La bon-



dad y la nobleza de ánimo eran privilegio de unos pocos individuos selectos? ¿Pero si yo no era un elegido, por qué experimentaba ese anhelo hacia todo lo bello y elevado, esa intensa y vehemente nostalgia por la pureza, la bondad, y la virtud? ¿No era una burla? ¿Cómo sucedía que en el mundo de Dios un ser humano, un muchacho era portador de instintos buenos y malos, y debía sufrir y desesperarse, para servir —infeliz y grotesca criatura— de diversión a un Dios espectador? ¿Cómo era posible? ¿Pero, entonces, no se convertía el mundo en una broma diabólica, en algo sólo digno de un escupitajo?, ¿y el mismo Dios no resultaba sino un monstruo, un insensato, un estúpido y repulsivo bribón? ¡Y mientras pensaba estas cosas con cierto amargo placer de rebelde, ya mi corazón temeroso me castigaba haciendo surgir el miedo ante las blasfemias proferidas!

Todavía, después de treinta años, veo con todos sus detalles la pared, las altas ventanas ciegas que daban al muro vecino difundiendo apenas un poco de luz, los blancos escalones de abeto, los descansillos, y el pasamanos liso de madera dura, lustrada por mis vertiginosas bajadas. Aunque mi infancia esté tan lejana y me parezca tan incomprendible y fantástica, recuerdo exactamente el sufrimiento y la contradicción que turbaban entonces mi felicidad, ya existían en mi corazón infantil los sentimientos que ahora me embargan: la duda acerca de mi propio valer, un continuo fluctuar entre la estima de mí mismo y el desaliento, entre un idealismo desdeñoso y una vulgar voluptuosidad. Entonces consideraba —igual sigo pensando después— estos rasgos de mi carácter, sea como síntomas de una despreciable enfermedad, sea como signos de distinción; por momentos creía que por aquel tormentoso camino Dios quería llevarme a un grado más elevado de aislamiento y profundidad; y otras veces, en cambio, me parecían simplemente manifestaciones de una vergonzosa debilidad de carácter,

de una neurosis análoga a la que miles de otros seres arrastran penosamente por la vida.

Si quisiera reducir todos estos sentimientos y su dolorosa contradicción a un sentimiento fundamental, para designarlo con un único nombre, no sabría hallar palabra más apropiada que miedo.

Sí; era miedo, miedo e inseguridad lo que experimentaba en las horas en que veía alterarse mi felicidad infantil; miedo frente al castigo, miedo frente a mi propia conciencia, miedo frente a las emociones de mi alma que yo consideraba prohibidas y pecaminosas.

También ese día, mientras subía la escalera gradualmente más luminosa, y me acercaba a la puerta de vidrio, me volvió a acometer ese sentimiento angustioso. Comenzaba con una opresión en el bajo vientre que llegaba hasta la garganta, donde se convertía en sofocación o en náuseas. En esos momentos, igual que ahora, experimentaba una desagradable vergüenza, el deseo de que no se me observara, un ansia de estar solo y de ocultarme.

Con esa molesta y nauseabunda sensación, que se confundía con un verdadero sentimiento delictuoso, llegué al pasillo y al comedor. Sentía que el diablo andaba suelto y que sucedería algo. Lo sentía con desesperada pasividad, como un barómetro advierte un cambio de presión atmosférica. ¡Ahí estaba de nuevo ese algo indefinible! El demonio se deslizaba por la casa, el pecado original roía el corazón; detrás de cada pared esperaba gigantesco e invisible, un espíritu, un padre, un juez.

Aún no sabía nada, era una mera intuición, un amargo desasosiego. Por lo común en esos instantes lo mejor era caer enfermo, vomitar y acostarse. Entonces todo pasaba sin daño, acudía mi madre o mi hermana, me daban una taza de té, me sentía rodeado de cariñosa solicitud y podía llorar o dormir, para despertarme curado y contento en un mundo transformado, libre y luminoso.

Mi madre no estaba en el comedor y en la cocina encontré sólo a la criada. Decidí buscar a mi padre, cuyo estudio se hallaba en el piso superior, al final de una estrecha escalera. Aunque le temía, a veces, sin embargo, me hacía bien dirigirme a él, como cuando le pedía perdón. Con mi madre era más sencillo y más fácil hallar consuelo; pero el consuelo de mi padre tenía más valor, significaba estar en paz con la conciencia, una conciliación, una nueva alianza con los poderes del bien. Cuántas veces después de escenas deplorables, investigaciones, confesiones y castigos, yo había salido del cuarto de mi padre, bueno y puro, castigado y amonestado, pero lleno de buenos propósitos, fortalecido por la alianza con el poderoso contra el enemigo maligno. Decidí llegar hasta él y decirle que no me sentía bien.

Subí la pequeña escalera que conducía al estudio. Esta escalera con su característico olor a empapelado y el sonido seco de sus peldaños de madera, livianos y huecos, representaba, aún más que el vestíbulo, un camino significativo y fatal a la vez. A menudo, obligado por graves motivos había subido los peldaños, arrastrándome cientos de veces lleno de miedo y remordimiento, terquedad o ira, y con frecuencia había encontrado liberación y nueva seguridad. Abajo, en nuestras habitaciones, madre e hijo nos sentíamos a gusto: allí reinaba una atmósfera apacible; aquí arriba, en cambio, moraban el poder y el espíritu, aquí estaba el tribunal, el templo, el «reino del padre».

Un tanto cohibido, como siempre, oprimí el picaporte de forma anticuada y abría a medias la puerta. Inmediatamente me envolvió el familiar olor del estudio paterno: perfume de libros y tinta mezclado con el aire azulado que fluía por las ventanas semiabiertas; olor a blancas y limpias cortinas y un rastro perdido de agua de colonia; en el escritorio había una manzana. La habitación, empero, estaba vacía.

Entré con un sentimiento de desilusión y alivio a la vez. Amortigüé mis pasos caminando de puntillas, como teníamos que hacerlo cuando mi padre dormía o tenía jaqueca. Apenas me di cuenta de ello, mi corazón comenzó a latir violentamente y la angustiosa opresión en el vientre y en la garganta se hizo más fuerte. Me deslicé lleno de miedo, paso a paso, y ya no me sentía el inocente visitante que viene a suplicar, sino un intruso. Ya otras veces, en ausencia de mi padre, me había introducido furtivamente en sus habitaciones, espiondo y explorando su reino secreto y hasta le había sustraído algo en dos ocasiones.

En el acto me invadió aquel recuerdo y comprendí que se avecinaba la catástrofe, que sucedería algo, que haría algo prohibido y malo. Nada de huir. Pensaba, empero, en eso, ansiosa y ardientemente; deseaba escaparme, bajar las escaleras y refugiarme en mi cuartillo o en el jardín... Sin embargo sabía que no lo haría, que no podía hacerlo. Ansiaba ardientemente que mi padre me oyera en la habitación contigua y entrara para romper el horrible y diabólico hechizo que me fascinaba y dominaba. ¡Ojalá viniera! ¡Qué llegara, así fuera para retarme, pero que llegara antes de ser demasiado tarde!

Tosí para anunciar mi presencia, y al no recibir contestación, llamé en voz baja: ¡Papá! Todo quedó en silencio, los libros en los estantes seguían mudos; un postigo de la ventana se movió con el viento, echando un fugaz reflejo se sol sobre el piso. Nadie llegaba para librarme, y yo mismo carecía de fuerzas para luchar con el demonio. Un sentimiento de culpabilidad me oprimía el estómago y me enfriaba la punta de los dedos mientras mi corazón latía temeroso. Aún no sabía lo que haría. Pero sí sabía que era algo malo.

Me acerqué al escritorio, cogí un libro y leí un título en inglés que no entendí. Odiaba el inglés, que mis padres usaban cuando querían que no los entendiésemos o cuando disputaban. En un platillo yacían varios pequeños objetos: escarbadiantes, plumitas de acero, alfileres. Tome dos

plumitas y las guardé en el bolsillo, Dios sabe por qué, pues no las necesitaba; no me faltaban plumas. Lo hacía obedeciendo a esa presión que casi me ahogaba, a la necesidad de hacer algo malo, de perjudicarme, de mancharme con una culpa. Hojeé los papeles de mi padre, vi una carta empezada y leí las palabras: «Nosotros y los niños estamos bien, gracias a Dios», y entonces las redondas letras latinas parecieron mirarme como si fueran ojos.

Luego me dirigí a hurtadillas al dormitorio. Ahí estaba el catre de hierro de mi padre, debajo del cual asomaban sus zapatillas marrones. En la mesita de luz había un pañuelo. Aspiré la atmósfera paterna de la fresca y luminosa estancia, que me evocó en el acto la imagen de mi padre, mientras el respeto y la rebelión se disputaban mi alma abrumada. Por momento le odiaba y recordaba con maligna satisfacción cómo yacía, en los días de jaqueca, silencioso y hundido en su bajísimo catre, tieso y estirado cuán largo era, con un trapo mojado sobre la frente, lanzando continuos suspiros. Intuía que tampoco él, el poderoso, tenía una vida fácil, y que detrás de su dignidad también conocía la duda y el temor. Pero mi extraño odio se desvaneció al punto para convertirse en ternura y compasión. Mientras tanto había abierto uno de los cajones de la cómoda. Vi sus ropas dispuestas en orden y un frasco del agua colonia que le agradaba; quise aspirar su aroma, pero estaba herméticamente cerrado, por lo que volví a colocarlo en su lugar. A su lado advertí una cajita redonda con pastillas que sabían a regaliz y me puse unas cuantas en la boca. Experimenté cierta desilusión, pero al mismo tiempo me sentí contento de no haber hallado y sustraído nada más.

Con un sentimiento de alivio y dispuesto a renunciar y a irme, abrí jugueteando otro cajón, mientras me proponía colocar de nuevo en su lugar las dos plumas robadas. Quizá me fuera posible volver atrás y arrepentirme, arreglarlo y librarme del mal. Acaso la mano de Dios fuera más fuerte que la tentación...

En eso eché todavía rápidamente un vistazo por la rendija del cajón apenas abierto. ¡Oh! ¿Por qué no había allí medias, camisas o viejos diarios? Allí estaba la gran tentación y en el acto me acometió otra vez esa contracción en el estómago y esa angustia; mis manos comenzaron a temblar y mi corazón a latir violentamente. En un platillo de mimbre, de factura india, descubrí algo sorprendente: toda una argolla de higos secos espolvoreados con azúcar.

La tomé en la mano; ¡qué pesada y magnífica era! Saqué dos o tres higos, me puse uno en la boca y los otros en los bolsillos. De todos modos el miedo y la aventura no habían sido en balde, ya que no había encontrado allí liberación y consuelo, por lo menos no quería irme con las manos vacías. Saqué tres o cuatro higos más de la argolla, la que apenas perdió peso, y otros aún, hasta que más de la mitad de los higos desaparecieron en mis bolsillos ya llenos; arreglé entonces los que quedaban sueltos en el anillo pegajoso para que no se notara la falta de tantos. Luego, presa de repentino pavor, cerré de un golpe el cajón, atravesé corriendo las dos habitaciones, bajé la pequeña escalera y llegué jadeando a mi cuartito, donde me quedé de pie apoyándome en mi pupitre, con la sensación de que se me doblaban las rodillas y me faltaba la respiración.

Poco después sonó la campanilla del almuerzo. Con la cabeza vacía y lleno de desprecio y asco hacia mí mismo, metí los higos en mi estante, ocultándolos detrás de los libros y me dirigí al comedor. Antes de entrar advertí que mis manos estaban pegajosas de azúcar. Me las lavé en la cocina. En la sala ya estaban todos reunidos a la mesa. Murmuré un breve «buenos días»; mi padre pronunció la oración. Y yo me dispuse a tomar mi sopa. No tenía hambre; cada trago me costaba un esfuerzo. A mi lado se hallaban sentadas mis hermanas, y enfrente mis padres, todos alegres y satisfechos, y yo entre ellos como un miserable delincuente aislado e indigno, temiendo hasta las miradas afables, fresco aún el sabor de los higos en mi boca. ¿Había

cerrado yo la puerta del dormitorio de mi padre? ¿Y el cajón?

Pero ya lo irremediable había ocurrido. Hubiera dado mi mano porque los higos se encontraran de nuevo arriba, en la cómoda. Resolví tirarlos, o llevarlos a la escuela para regalarlos. ¡Con tal que desaparecieran, con tal que no los viera más!

—Tienes mal semblante, —dijo mi padre observándome. Bajé los ojos sobre mi plato mientras sentía su mirada interrogativa. Ahora se daría cuenta. Siempre lo comprendía todo. ¿Pero por qué me atormentaba primero con otras preguntas? ¿No era acaso mejor que me llevara inmediatamente arriba, aunque me matara a golpes?

—¿Te pasa algo? —inquirió de nuevo.

Mentí, diciéndole que me dolía la cabeza.

—Deberías acostarte un poco, luego —dijo él—. ¿Cuántas horas de clase tienes esta tarde?

—Sólo ejercicios físicos.

—Bueno, no creo que te haga mal. ¡Pero deberías comer algo, empéñate un poco!, ya te pasará.

Le miré de soslayo. Mi madre no dijo nada, pero yo sabía que me miraba. Apuré mi sopa, luché luego con la carne y las verduras, ayudándome con dos copas de agua. Nadie habló más. Me dejaron tranquilo. Cuando mi padre pronunció la oración final: «Señor nuestro, te agradecemos pues eres piadoso y tu bondad es eterna», me pareció como si un cuchillo ardiente me separara de las puras y edificantes palabras sagradas, y de todos los que se encontraban en la mesa. Mis manos unidas para rezar eran una mentira y mi actitud devota una blasfemia.

Cuando me levanté, mi madre me acarició los cabellos, tocando por un momento mi frente para ver si tenía fiebre. ¡Cuán amargo era todo esto!

Luego en mi piecita me detuve frente al estante de los libros. Mis pensamientos de la mañana no me habían engañado; todos los presagios resultaban ciertos. Era un día de